

DISCURSOS del PRESIDENTE
del PARTIDO SOCIALISTA
de CHILE

CAMILO ESCALONA



5
2
3

Indice

DISCURSOS del PRESIDENTE
del PARTIDO SOCIALISTA
de CHILE

CAMILO ESCALONA

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALMEYDA

062

c-3

Indice

Introducción de Luis Maira Aguirre	5
Discurso de Camilo Escalona Medina, con motivo de la asunción de la nueva Dirección Nacional del Partido Socialista de Chile.	9
Intervención de Camilo Escalona Medina en el XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile.	19
Intervención de Camilo Escalona Medina en la clausura del XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile.	33
Intervención del Diputado Camilo Escalona, Presidente del Partido Socialista de Chile, ante el XX Congreso de la Internacional Socialista.	37
Intervención de Camilo Escalona Medina en el Consejo General del Partido Socialista de Chile.	41

Introducción

La publicación de esta selección de discursos del Presidente del Partido Socialista, diputado Camilo Escalona, se inscribe en la mejor tradición política chilena. Aquella que deja un registro nítido de las ideas, planteamientos y propuestas de quienes ejercen responsabilidades de conducción en la vida pública de nuestro país.

Es importante señalar desde la partida que las intervenciones de Escalona reflejan bien la exitosa trayectoria que el Partido Socialista ha tenido desde comienzo de 1994, fecha en que él asumiera su Presidencia. Hasta ese momento había todavía quienes dudaban de la capacidad del socialismo chileno para proyectarse como una fuerza estratégica en el nuevo sistema político que se afianzaba desde los inicios de la transición. Tal incertidumbre atravesaba, por lo demás, a numerosos dirigentes y militantes socialistas, en virtud de la fuerte ofensiva comunicacional que acompañó al término de la guerra fría y a los fenómenos internacionales que determinaron, a principios de la década actual, una sustancial transformación del sistema mundial.

Los años recientes han servido, en cambio, para mostrar que las fuerzas políticas que tienen raíces y consistencia, como el Partido Socialista chileno, resisten bien las pruebas de la historia y son capaces de convertir los desafíos del cambio en una oportunidad de crecimiento y consolidación.

Como se desprende bien del tono de las intervenciones de Camilo Escalona incluidas en el presente volumen, el Partido Socialista es hoy una fuerza importante en la vida nacional, piedra angular de la coalición política que dirige el país y que cuenta con una adhesión e influencia que garantiza su existencia por un plazo indefinido. El secreto de su importancia es que se ha constituido en la principal fuerza política de la izquierda dentro del arco ideológico chileno y ha recuperado plenamente un domicilio efectivo en las trece regiones de Chile, además de tener una fuerte influencia en los ámbitos más significativos de nuestra estructura social, como los trabajadores organizados, los jóvenes, las mujeres, los pequeños productores y las comunidades indígenas. Un Partido que además cuenta con la segunda bancada parlamentaria de la Concertación y que tiene un número relevante de Alcaldes y Concejales a lo largo del país.

Este Partido Socialista que, bajo la dirección de un Presidente joven se prepara a proyectar sus utopías y visiones en la ya cercana realidad del siglo XXI, ha llegado a ser una buena síntesis de lo mejor que aportara la izquierda chilena a la convulsionada

historia nacional durante el siglo XX. Por un lado, porque ha sabido fortalecer sus propios cimientos que datan de 1933 y que mostraran al socialismo desde sus orígenes como una entidad democrática, autónoma y popular, protagonista de todas las batallas contra la exclusión y por el afianzamiento del progreso y la identidad chilena. Un Partido que rechazó la pretensión de un modelo socialista mundial con un centro único de decisiones situado en Moscú, precisamente en los momentos en que ese proyecto alcanzaba su mayor influencia en el movimiento obrero internacional. Ese Partido Socialista que excluyó desde su nacimiento las verdades oficiales y las posturas monolíticas y que prefirió la desordenada riqueza de un vivo debate interno supo integrar las prácticas democráticas y el respeto por la diversidad a sus estructuras, de un modo tan genuino que le ha permitido en los años recientes incorporar en su seno, sin dificultades, el variado aporte de destacamentos y personalidades provenientes de otras formaciones políticas de la izquierda chilena que buscaron aquí un espacio para continuar la lucha por una mayor libertad e igualdad en nuestra patria.

El pensamiento político de Camilo Escalona, bien reflejado en estos textos, da cuenta de esta fortaleza. Nos muestra, a la vez, a un dirigente maduro y responsable que pesa con sus decisiones en los destinos actuales de Chile y a un hombre lleno de ideales que no ha renunciado a la juvenil vocación de cambiar el mundo.

En estas páginas hay un buen reflejo de lo que cabe esperar del conductor político de una poderosa fuerza de izquierda.

Hay un claro sentido de los cambios que ha experimentado el mundo, que aunque en muchos sentido nos disgustan, deben ser tenidos en cuenta a la hora de las decisiones y la acción.

Hay una gran voluntad de concertación internacional como queda de manifiesto cuando Escalona proclama, al integrar al Partido Socialista como miembro pleno de la Internacional Socialista, su aprecio por pertenecer “a este foro mundial que consideramos el punto de encuentro más importante de las fuerzas progresista y de izquierda en el concierto internacional”.


Hay un recuerdo cálido y constante de la figura de Salvador Allende, entendido esencialmente como el portador de “un proyecto socialista en democracia, pluralismo y libertad” que tiene aún un amplio camino que recorrer en la vida futura de Chile.

Hay un rechazo tajante, seco, del capitalismo excluyente y depredador que algunos quieren convertir en Chile en un sinónimo de “modernidad”. A Escalona,

en cambio, le preocupa la verdadera modernidad del país, “una modernización con equidad”, que ayude a todas las personas a crecer y a vivir con mayor dignidad.

Hay, finalmente, en los sólidos planteamientos de Camilo Escalona una fuerte postura ética que se traduce en la preocupación constante por la vigencia de los derechos humanos y la suerte de sus víctimas durante la dictadura, así como en la voluntad de resistir la tentación de “administrar el poder sin perturbar el exitismo de los más beneficiados”.

En suma, este pequeño libro con los discursos más recientes del Presidente del Partido Socialista, Camilo Escalona, tiene un doble mérito. Vale tanto en lo que dice como en lo que sugiere. Es una importante constancia que sabrán agradecer quienes se ocupen más adelante de la vida política del Chile de finales del siglo XX, un país que experimenta una larga transición para dejar atrás los criterios y ataduras de una dictadura militar conservadora y reconquistar para la soberanía popular el derecho a decidir plenamente la suerte de Chile. Pero, al mismo tiempo, estos textos son el reflejo de gente con una fuerte vocación para cambiar y humanizar la historia, que sabe que todavía son necesarias muchas luchas, para abrir un día las alamedas donde camine el hombre libre.

Por ahora, en la mitad del camino, Camilo Escalona puede decir con convicción y sin jactancia: “Somos el Partido en cuyas manos está el futuro de la izquierda chilena”; “Un Partido con indelegables raíces populares y un irreversible mandato de lucha por los oprimidos y por una sociedad nueva” 

Luis Maira

DISCURSO DE CAMILO ESCALONA MEDINA, CON MOTIVO DE LA ASUNCION DE LA NUEVA DIRECCION NACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Compañeros y compañeras:

Hemos decidido iniciar el mandato de este Comité Central realizando la presencia y rindiendo el justo homenaje institucional del socialismo chileno, a una de las grandes figuras de nuestra historia, a un precursor decisivo de lo que somos, el compañero Raúl Ampuero.

Dirigente y militante socialista durante cerca de 60 años.

Secretario General de la Juventud Socialista y del Partido Socialista, Senador de la República, tenaz organizador, lúcido e incisivo estratega, teórico prominente, brillante parlamentario, nos dejó su huella imborrable contribuyendo a situar al Partido Socialista como un actor esencial de la política nacional, como un pujante actor popular con una vocación democrática fundamental y con una aspiración de cambio que fue reconocida por el pueblo de Chile en innumerables gestas electorales.

Reciba querido compañero Raúl Ampuero, nuestro homenaje a su infatigable labor, a su consecuencia y estatura política y moral.

Estimados compañeros y compañeras:

La atención que suscita esta sesión solemne de instalación del Comité Central de nuestro Partido que surgiera de las elecciones internas del pasado 10 de diciembre, confirma nitidamente la importancia y gravitación del Partido Socialista en los acontecimientos del país.

El ejercicio de su condición de dirección política que corresponde a este Comité Central cubre un período altamente significativo, las elecciones municipales y parlamentarias y la etapa que antecede a las presidenciales del año 1999.

Creo que no escapara a ninguno de nosotros la responsabilidad decisiva que toca a cada uno de los miembros de la nueva dirección en el cumplimiento de las grandes tareas que nos permitan acentuar el prestigio y la fuerza del Partido Socialista, extender su influencia en la sociedad civil, robustecer su rol en la Concertación y constituirse en pilar esencial de una izquierda progresista capaz de alcanzar la alternancia en el liderazgo de la Concertación.

En lo que a mí respecta, me propongo ejercer la Presidencia del Partido Socialista con una inequívoca orientación institucional, con sentido unitario e integrador. Estoy convencido que tenemos ante nosotros un desafío inédito, constituirnos en el seno de la Concertación en la izquierda progresista que a la democracia chilena le hace falta.

Para avanzar en esa dirección todos somos necesarios. Para recoger el aporte de todos y cada uno y contribuir eficazmente a los objetivos concertacionistas estoy dispuesto incluso a retirar términos formulados en la polémica de los últimos días que hayan sido hirientes o inapropiados, con el propósito de afianzar un clima constructivo en el cual sea posible aportar lo mejor de cada cual a la empresa colectiva que tenemos por delante.

Se trata de responder a más de 25.000 militantes que a lo largo de todo el país, en 274 comunas concurren a dar su voto y, a través de él, se hicieron presente en un momento muy trascendente de nuestra vida interna.

SOMOS UN PARTIDO DE IZQUIERDA

No lo inventamos nosotros hace unos días. No debería ser sorpresa para nadie. A cualquier chileno o extranjero que se le pregunte, dirá que el Partido Socialista es un Partido de izquierda. Nació y vivió; triunfó y sufrió como un Partido de izquierda.

Lo que hemos aprendido como lo aprendieron muchos otros socialistas en otros tiempos, algunos muy incomprensidos como en su momento lo fue Salvador Allende, es que ser de izquierda es denunciar la injusticia y hacer simultáneamente todo lo posible por eliminar esa injusticia; ser de izquierda es denunciar la desigualdad y hacer al mismo tiempo todo lo posible por establecer la equidad; ser de izquierda es crear las condiciones para la reproducción sostenida del humanismo, la libertad y la dignidad del ser humano; ser de izquierda significa afianzar la democracia para hacer posible el cambio social.

Queremos ser aún más directo, ser de izquierda no significa rendir culto al Estado ni adorar como nuevo fetiche al mercado, por sobretodo, ser de izquierda significa colocar en el nudo central de nuestra acción al hombre, la realización plena de la persona humana.

Por todo ello, cabe la pregunta:

Cuál es hoy, la disyuntiva de los socialistas?. Donde se sitúa el punto central de nuestro desafío?.

En mi concepto, el desafío radica en la proyección estratégica del Partido Socialista como la izquierda progresista del nuevo escenario nacional. La tarea es, por tanto, unir la estabilidad con el cambio; la bonanza económica con la superación de la pobreza.

El Partido Socialista, debe abocarse, a la extensión de la democracia política a todos los ámbitos de la vida del país, al campo de la economía y la cultura y al conjunto de la vida social.

Digo esto, porque se ha abusado ya demasiado, equivocadamente y en ocasiones de manera tendenciosa, con la idea que el dilema del socialismo chileno es ortodoxia o renovación.

Tal abuso presenta como antagónico el necesario rescate de las raíces y de la memoria histórica del Partido con la ineludible necesidad de proyectar creadoramente su mirada y su propuesta política hacia el futuro democrático de Chile.

No tenemos animosidad personal hacia quienes cerca de nosotros en la coalición de Gobierno, se han asociado con las imágenes creadas por la dictadura en muchos años, distorsionando lo que somos y nuestros propósitos estratégicos, pero si exigimos rigor intelectual y un mínimo de objetividad y consistencia. De lo contrario, no seremos nosotros quienes se llenarán de descrédito.

Frente a los falsos encasillamientos sostengo que el problema fundamental de la izquierda progresista es la creación de un marco político-programático, de una visión y de un proyecto de país, que convertido en fuerza social a través del respaldo de una amplia mayoría nacional, permita a la sociedad chilena encaminar el nuevo escenario del capitalismo globalizado pero excluyente, tecnocrático y autoritario, hacia la configuración de una sociedad solidaria e integradora, avanzada en lo cultural y genuinamente democrática.

Tal es el dilema. No nos engañemos ni se engañen nuestros detractores.

El tipo de desarrollo prevaleciente en el país, acentúa una modernidad sesgada y verticalista, tremendamente concentradora de la riqueza, inequitativa, depredadora y oligárquica. Es claro que el país creció, que el manejo macroeconómico ha sido eficiente y que los niveles de inversión y desempleo, entre otras variables, son envidiadas por muchos gobiernos. Precisamente, por lo mismo, por el volumen del éxito económico que Chile ostenta, es que se hace más inaceptable la enorme brecha que separa a ricos y pobres.

Algo no funciona bien y a pesar que algunos levantan una caricatura contra nosotros, no podemos callar por ejemplo, ante un hecho tan injusto, como que el arancel de ingreso a la universidad más grande del Estado va a costar tanto como la totalidad del ingreso de una familia estadísticamente situada en el límite superior de la pobreza.

Me pregunto, como podemos llegar a tener más médicos y científicos indispensables para la llamada modernidad, si pagar una matrícula de universidad va a costar más de dos salarios mínimos.

Cómo se puede convocar a la juventud chilena a incorporarse al proceso democrático en estas condiciones?.

Ante tal realidad el falso dilema entre ortodoxia o renovación suena a trampa, a argumento falso, a excusa, a cínica impotencia convertida en complacencia hacia los bochornosos contrastes sociales existentes en nuestra sociedad.

Este fenómeno da cuenta de la inmensa tarea y obligación para el pensamiento político-programático de una izquierda progresista. La sociedad no desea solo metas tecnocráticas, también aspira a opciones humanistas, pues en última instancia esta el rol y la función de la persona, del hombre en la sociedad.

En Chile el 40% más pobre recibe el 13,1% del ingreso; y el 10% más rico se queda con el 41% de ese ingreso.

Má aún, el 70% de los chilenos recibe poco más del 30% del ingreso mientras ese 10% más rico se queda con el 41%.

En México el 10% más rico se queda con el 34,8%, en Argentina con el 31%, en Venezuela con el 28,1%, en Costa Rica con el 26,9%, en Uruguay con el 25,9%, sólo en Brasil y Bolivia la distribución del ingreso es tan regresiva como en Chile.

Los grados de desigualdad que tiene Chile no son los de un país que se pueda proclamar como moderno. Por eso aspiramos a una profunda y efectiva reforma y modernización del Estado, proceso que lo robustezca en todo aquello que signifique velar y desarrollar el interés nacional y permita avanzar con una distribución más equitativa del Producto Nacional.

Tratemos estos problemas económicos-sociales. Hagamos la agenda social de 1996. Busquemos un gran acuerdo nacional para aminorar la desigualdad en Chile y modernizar al país con sentido social. Forjemos las condiciones

para que en el siglo XXI, haya de verdad igualdad de oportunidades en Chile y ningún chileno se muera de hambre.

Hoy volvemos a repetir lo que es obvio:

**LOS SOCIALISTAS NO ESTAMOS EN POLITICA SOLO PARA
MODERNIZAR, SINO PARA MODERNIZAR CON EQUIDAD;**

Los socialistas no estamos en política para mantener ni menos acentuar las desigualdades económicas, sino para aminorarlas, para forjar una sociedad solidaria, para alcanzar un desarrollo y una modernidad tal que todos tengamos las mismas oportunidades para crecer como seres humanos.

Frente a quienes nos indican como enemigos del empresariado queremos ser muy claros:

En medio del mundo moderno, nosotros estamos por la convivencia fructífera entre un Estado regulador capaz de pensar estratégicamente el futuro de la nación y una sociedad civil en que se desarrolla la empresa privada y pública.

Lo que queremos es que la economía coincida con la democracia. Que haya desarrollo, por cierto, pero quien mande en el país sea el gobierno. Los empresarios influyen decisivamente en el crecimiento pero no pueden ordenar a su voluntad el desarrollo del país. En eso coincidimos con el Ministro Aninat en su polémica con Pedro Lizana.

Y concordamos con personalidades como don Patricio Aylwin, en la necesidad de poner por sobre el interés del empresario y del Estado el interés del bien común.

Queremos el desarrollo de empresas modernas, con modernas relaciones entre ellas y el Estado y con modernas relaciones en su interior, entre los propietarios y los trabajadores. No nos da lo mismo que éstos se encuentren en la situación de inorganicidad y desamparo en que hoy se encuentran.

Somos socialistas. Queremos una empresa que respete el trabajo como la función social más noble y que lo retribuya con criterios de equidad. Queremos que la sociedad reinstale la valoración del trabajo humano como una cuestión ética esencial, capaz de primar sobre el afán de lucro exacerbado. Vamos a estar a favor de los trabajadores, de su organización, de su unidad, de su capacitación, de la igualdad de oportunidades, de mejores salarios, de mayor productividad, de una mayor seguridad, una mejor atención de salud y una buena previsión.

Los empresarios que respeten a sus trabajadores y los derechos sindicales no tienen nada que temer de los socialistas.

Los empresarios que busquen expandir sus inversiones aportando capital, tecnología y experiencia, respetando el medio ambiente y la dignidad de los trabajadores, pueden contar con el apoyo de los socialistas.

Por ello, reiteramos nuestra pública interpelación al empresariado con el objeto que levante el veto que ha sustentado hasta la fecha, en relación al proyecto de reformas laborales actualmente en debate en el Parlamento.

Compañeros y compañeras:

Todos nosotros concebimos la democracia como el mejor sistema de convivencia. Ninguno de nosotros quiere imponer su verdad y transformarla, con el instrumento de poder, en la verdad oficial de la sociedad. Dejamos de aceptar dogmas y de poseer doctrinas excluyentes o partidos guías. Nuestra concepción de la política ha cambiado profundamente.

Además, ya nos hemos hecho una profunda autocrítica por los errores de la Unidad Popular. Hemos cambiado nuestra política de alianzas y hemos creado un amplio bloque de izquierda, centro y centro izquierda. Hemos valorado el rol que juegan todas las fuerzas democráticas. Hemos buscado los acuerdos por sobre la confrontación.

Nosotros triunfamos con la Concertación en el plebiscito, y en las elecciones de Aylwin y de Frei. Nosotros valoramos profundamente las reformas y los cambios producidos en favor del pueblo y de los sectores excluidos.

Los atributos democráticos del socialismo chileno lo han constituido en un sólido e incuestionable interlocutor del mundo popular y han situado la idea socialista como la base esencial de una izquierda progresista que mire al siglo XXI y abra camino a una sociedad más justa y más humana.

Por todo ello, la disyuntiva del socialismo dejó de ser ortodoxia o renovación.

Este fue el año en que, a través de sus elecciones democráticas internas, el Partido Socialista respaldó firmemente su política concertacionista y su firme postura en defensa de la verdad y de la justicia en materia de derechos humanos, confirmándose el trabajo institucionalizador del Partido, así como, la política y el perfil de izquierda que debe ineludiblemente cumplir y proyectar.

El gran triunfador de estas elecciones socialistas ha sido el Partido. Ha habido un debate interno y una pluralidad de sensibilidades y candidatos; una votación importante, un recuento limpio y la continuidad de una institucionalidad partidaria cada día más fuerte.

Pasó el tiempo en que el Partido se dividía después de un resultado político. Ya no hay en Chile más que un sólo Partido Socialista; eso es lo que quieren nuestros militantes; eso es lo que quiere el país y eso es lo que requiere el futuro.

TODOS HEMOS LLEGADO A LA CONCLUSION QUE EN EL PARTIDO SOCIALISTA NO SOBRA NINGUN SOCIALISTA.

Hemos sido capaces, en apenas cinco años, de integrarnos todos los socialistas, marxistas, cristianos, laicos, en una sola fuerza, sin duda la de más alta capacidad de dirección del mundo progresista chileno. Los socialistas estamos orgullosos de nuestros dirigentes sindicales y universitarios; de nuestras dirigentas mujeres; de nuestros intelectuales y artistas; de nuestros economistas; de quienes han aportado con brillo al triunfo democrático y al desarrollo del gobierno y del país en estos cinco años.

En el Partido Socialista se agrupan personas con o sin empleo, dueñas de casas y artistas prominentes; técnicos de alta calificación y trabajadores de la tierra; hombres de la tercera edad que nos nutren con su experiencia y jóvenes que nos empujan al cambio, profesionales y obreros, escritores y poetas, mineros y educadores, gente con dinero y personas que sufren la marginalidad y la pobreza. Todos unidos en una abigarrada multitud que se propone consolidar la democracia con justicia social.

El Partido Socialista posee los recursos humanos que ya quisiera cualquier partido. La tarea es potenciar esta fuerza con una labor política que sea fecunda y constructiva.

El fortalecimiento del socialismo chileno es importante para todas las fuerzas positivas del país.

Para el Gobierno, porque tiene un poderoso partido de izquierda en el seno de la coalición que lo sustenta:

Para la Concertación, porque se reafirman los fundamentos sociales que le dieron origen: se mantiene y proyecta la gran alianza de centro con la izquierda, donde cada partido tiene su rol de crecimiento y de dirección que cumplir.

La Concertación ha producido grandes cambios históricos precisamente porque es la unidad de lo que estaba dividido, es decir, del centro con la izquierda. Así seremos eficaces todos, grande la Concertación y mejor el destino de Chile.

Debe entenderse que, precisamente, las alianzas son entre fuerzas políticas y no entre iguales y que sin Partido Socialista no hay Concertación.

Debe entenderse que si fuéramos igual al PPD renunciaríamos no sólo a nuestros orígenes sino que a conducir a la izquierda chilena, que gravita más allá del 25% de la sociedad y puede pasar del tercio.

NUESTRA RENOVACION VIENE DE MUY ANTIGUO Y HA SIDO SIEMPRE BIENVENIDA.

Quienes nos fundaron plantearon para Chile un socialismo democrático y autónomo cuando en el movimiento obrero internacional primaba la idea de la dictadura del proletariado y de un partido mundial con un centro único radicado en la Tercera Internacional.

Salvador Allende, el primero entre todos nosotros, fue el precursor latinoamericano de las ideas del socialismo en democracia, del cambio institucional, de la combinación entre la lucha social y el principio de legalidad, básico para el desarrollo de un Estado de Derecho. Lo que nos caracteriza es nuestra fe en el humanismo, en el progreso, en la solidaridad, en la justicia y en la libertad.

Nos fundamos en el pasado pero luchamos por el futuro. Queremos una sociedad nueva.

El hecho de respetar nuestra historia y nuestros símbolos no significa que nos quedemos en el pasado ni mirando hacia atrás como estatuas de sal. Significa que tenemos genes, que tenemos herencia, que tenemos memoria, que tenemos sangre, que tenemos pasión y emoción. Somos una original combinación de tradición, historia y renovación. Por ello, muchos se incomodan con un Partido de tales virtudes.

Nuestra hacha y nuestra América Latina no es más antigua ni más roja que la flecha roja de la Democracia Cristiana. Ambas nacieron con el mismo color y en la década de los 30. Si se han conservado 60 años es porque significan mucho esfuerzo, sacrificio humano y social, aquel que sostiene los grandes proyectos históricos del ser humano.

A los socialistas nos gusta la libertad pero no nos gusta la explotación y la

injusticia. Valoramos que Contreras y los degolladores estén en la cárcel pero sabemos que es malo para Chile que Pinochet mantenga el poder que tiene y que en materia de derechos humanos no sea posible avanzar en más verdad y más justicia.

Los socialistas queremos una sana relación entre la sociedad civil y las FFAA. Por ello trabajamos para fortalecer las autoridades democráticamente electas y que no haya poderes fácticos impropios de una sociedad moderna. Asimismo, asumimos la responsabilidad de advertir al país que sin Estado no hay FFAA y que el neoliberalismo jibariza la función pública al extremo de poner en riesgo el bien común. Esto significa que no es el socialismo el enemigo de las FFAA.

**ESTAMOS CONTENTOS DE HABER LOGRADO EL FIN DE LA
DICTADURA PERO ESTAMOS PREOCUPADOS PORQUE LA
DISTRIBUCION DEL INGRESO ES DESIGUAL E INJUSTA.**

Eso es lo fundamental que debemos afirmar para trabajar con los pies bien puestos sobre la tierra: Chile vive en medio de una nueva fase de desarrollo del capitalismo, y la tarea de todos nosotros es evitar la tentación de administrar el poder sin perturbar el exitismo de los más beneficiados y luchar por transformar la sociedad todo lo que sea posible, en bien de la mayoría y de los excluidos.

A ello nos impulsa nuestra historia, nuestra vocación, y la figura inmortal del Presidente Allende.

Queremos un desarrollo económico que beneficie a las mayorías.

Queremos democratizar las instituciones y que termine el militarismo.

Queremos un Estado moderno e integrador, capaz de representar sin excepciones los intereses de la nación y del pueblo.


Queremos una sociedad que diga la verdad y que llame las cosas por su nombre, porque la verdad sana a los pueblos que por el peso negro de la tiranía tienen aún el alma herida.

**NO NOS ABATIO LA DICTADURA TAMPOCO NOS DERROTARAN
LAS CARICATURAS INTERESADAS DE HOY.**

Para ello aspiramos ser un Partido abierto a la gente y a los ciudadanos. Un Partido que busca propuestas para los grandes problemas del país y para los concretos problemas de las personas. Un Partido que no confunde modernizar con privatizar.

Un Partido que apoya lealmente al gobierno y al Presidente de la República, electo para dirigir el país con el Programa de la Concertación, sin renunciar a establecer la personalidad propia del socialismo, que es parte vital de la Concertación, y a defender los principios fundacionales y esenciales a nuestro ser partidario sin los cuales no tendríamos razón de ser.

Un Partido solidario consigo mismo, con todos los demócratas, con todas las causas nobles de la humanidad. Un Partido que busca crecer aún más en las universidades; un Partido que busca crecer más entre los trabajadores y entre los pobladores, un Partido para la cultura en libertad, un Partido para un desarrollo que respeta la naturaleza y que no la liquida, un Partido que signifique una esperanza para los sectores que más sufren, para la mujer del pueblo, para los niños desprotegidos de la calle y para la infancia que será luego el futuro. Queremos un Partido capaz de utilizar todos los avances de la modernidad sin renunciar a sus símbolos históricos.

No sólo nuestra historia partidaria esta llena de ideas nuevas, también el presente y también el futuro están llenos de ideas nuevas para seguir avanzando, sin límites, en el viejo sueño que el hombre deje de ser lobo del hombre y se convierta en su hermano 

Santiago, enero 10 de 1996.

INTERVENCION DE CAMILO ESCALONA MEDINA EN EL XXV CONGRESO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Queridos invitados:

Compañeros y compañeras:

Con orgullo damos inicio al XXV Congreso General del Partido Socialista en este inmenso y solemne edificio que fue construido durante los mil días de Gobierno del Presidente Salvador Allende.

Efectivamente, porque han pasado cerca de 25 años y hay muchos jóvenes que no lo saben, porque hay también personas que lo han olvidado y porque existen aquellos que quieren borrar la historia, es necesario recordar que estas imponentes salas y enormes paredes fueron levantadas en tiempo récord por los trabajadores de la construcción para albergar la III Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, que constituyó -en ese momento- no sólo un foro mundial que trató los problemas de la situación internacional de ese período, sino que se convirtió en una expresión de simpatía y respaldo hacia Salvador Allende y el proceso de cambios que él encabezaba.

No queda duda entonces que nuestro Congreso sesionará empapado e imbuído de aquel espíritu libertario y de justicia social que guió a lo largo de toda su vida, al mejor de nosotros, Salvador Allende.

Lo necesitamos para asumir con serenidad y energía los desafíos del 2000.

Vivimos en una sociedad de contrastes y desigualdades.

Nunca habían existido los contrastes y desigualdades que hoy presenciamos.

En el mundo hay cada día más riqueza y más avance científico y tecnológico y cada vez más pobreza social, miseria ética y debilidad política.

La expansión del incontrarrestable poderío de las transnacionales no respeta el medio ambiente, la naturaleza y su costo social no tiene comparación con ningún otro período histórico. Vivimos bajo un capitalismo depredador y excluyente.

Mientras unos mueren de hambre a consecuencia de enfermedades que se

pueden sanar fácilmente, otros conquistan el cosmos y enlazan el planeta con los avances más sofisticados en telecomunicaciones y se apoderan de la industria cultural.

Vivimos en una sociedad opulenta pero irracional, soberbia pero pobre, agresiva pero débil, con grandes y enormes potencialidades que puestas al servicio del ser humano abrirían un nuevo horizonte a la permanencia del hombre en el planeta. El socialismo es la acción consciente, el proceso y voluntad de superar las exclusiones, discriminaciones, abusos y marginaciones para materializar tales potencialidades.

El planeta ha cambiado profundamente, la propiedad de los medios de producción no es el único fundamento del poder; cada día más es mayor el poder del conocimiento; pero cada día que pasa, ya no solo se concentra la propiedad, sino que también el conocimiento y la información en grupos de poder, desconocidos para el ciudadano, que rigen el destino de Estados y naciones vía satélite.

Comprender esta contradicción esencial de la sociedad que nos toca vivir es fundamental para ser capaces de cambiar la vida en interés de la mayoría nacional. Para actuar con lucidez y tesón frente a las profundas mutaciones que ha sufrido la sociedad a escala planetaria, que se traducen de manera original e irrepetible en nuestro pequeño país, en el modo de vida de su gente, en su estructura económico-social, en su sistema político y en su conformación valórica y cultural.

Muchas son las miradas que convergen hacia este Congreso.

En primer lugar, las de miles de chilenos de izquierda, sobretodo de trabajadores manuales e intelectuales que nos ven como su referente más cercano y que nos quieren ver crecer y madurar como la fuerza política que los encauce y represente, y se constituya en la izquierda progresista del Chile del siglo XXI.

Las de nuestros aliados y amigos con o sin partido, la mayoría de los cuales comparten con nosotros inquietudes y propósitos comunes. Que quieren más democracia y más justicia social. Que esperan más de nosotros y de la Concertación.

También observan nuestros debates personas llenas de recelos, que influidos por los estereotipos y prejuicios de imágenes repetidas sin escrúpulos ni objetividad nos consideran una fuerza anclada en el pasado.

Están también los adversarios de siempre, aquellos que nos quisieron liquidar

y destruir política y físicamente y que fracasaron en su empeño. Son aquellos que se solazan con nuestros errores y dificultades.

Todos de una manera u otra nos observan.

Este es un momento esencial para el futuro del socialismo.

En el análisis debemos ser veraces, objetivos, generosos y valientes.

Aquí y ahora debemos establecer una correcta síntesis entre pasado y futuro, entre las redefiniciones indispensables de nuestro proyecto y aquellas raíces originarias que lo singularizan.

La sociedad espera el mensaje que saldrá de este XXV Congreso. Un mensaje que no claudique y que sea eficaz frente a las nuevas realidades.

Seamos capaces de construirlo, como una propuesta progresista, innovadora, transformadora, democrática, moderna y popular.

Para ello, creo que es absurdo rasgar vestiduras y renegar de Marx y nuestros precursores. Se trata de comprender los límites históricos inevitables que ellos reconocían, y que además subrayaban, se encerraba en su propio pensamiento.

No nos dejemos encajonar por el falso dilema entre marxistas y no marxistas; hoy todos sabemos que a pesar de sus limitaciones históricas inevitables que llegan afectar su propia naturaleza, la ciencia política y económica moderna no hubiese avanzado lo que avanzó sin el esfuerzo inagotable y fundamental del pensamiento socialista mundial.

No realicemos lo que nuestros adversarios quieren que hagamos.

La tarea es otra, se hace necesario dilucidar el lugar en que se radica y emerge el centro de gravedad de nuestra lucha, de los socialistas, que deben asumir un mundo globalizado, una economía planetaria, el cambio vertiginoso de las costumbres y hábitos sociales y el debilitamiento estructural de los sistemas políticos frente al establecimiento de un orden mundial transnacionalizado.

Se trata de entender Chile en su grandeza y pobreza; en sus enormes contrastes, en sus potencialidades gigantescas y sus limitaciones absurdas.

Chile país-jaguar -Eso lo resume todo-, la pretensión de grandeza frustrada, de sueños pendientes, de promesas sin cumplir. De país estable pero injusto; que crece pero que no reparte, con una derecha en crisis estructural pero con

Pinochet en la Comandancia en Jefe; con la Concertación en el Gobierno pero con un conservadurismo social y moral que da miedo; con una iglesia muy progresista en una época, pero que deja de serlo en otra ; con gente con mucha plata y personas que viven en la calle; con notables figuras de la cultura mundial pero idiotizado por la televisión, país con mares y montañas que dan envidia pero con bosques que se depredan, país que lo vende todo pero que puede quedar sin nada; país en que los trabajadores tienen débiles sindicatos y en que los empresarios tienen la más poderosa organización gremial; un país que se cree muy moderno pero en el cual no existe ley de divorcio ni plena igualdad de culto; este es el país que los socialistas aspiran transformar.

Por eso, somos y seguiremos siendo un Partido de izquierda; una fuerza para el cambio, un cauce para que miles de hombres y mujeres libres aúnen sus esfuerzos en la búsqueda de la emancipación del ser humano.

Una fuerza de izquierda que recoja como lo esencial de su propuesta la equidad de género y el término de toda discriminación contra la mujer. Si bien el tema de la mujer y su visibilidad ha aumentado considerablemente en el mundo, las demandas de las mujeres han pasado a formar parte de los temas políticos más importantes de las últimas décadas, la condición de subordinación y discriminación aún subsiste. Así lo demuestra la subrepresentación en los cargos de decisión, a pesar de ser más del 50% de la población y una proporción similar de la militancia partidaria.

Los socialistas estamos convencidos que mientras no se alcancen altos niveles de equidad y simetrías en las relaciones entre hombres y mujeres, y no se igualen derechos y oportunidades, no habrá democracia.

Los temas de la política contingente no parecen relacionado, ni remotamente, con los intereses inmediatos de la juventud. El embarazo adolescente y el aborto son parte de los tabúes nacionales. El divorcio sigue asustando a los fundamentalistas de doble moral, mientras las mujeres deben sufrir la golpiza del machismo cobarde y la desprotección de la mujer jefe de hogar. El medio ambiente, en la práctica, no es tomado muy en serio. La paquetería nacional impide una discusión sobre la sexualidad y el sexo, lo cual además tiene repercusiones en la salud nacional, la censura televisiva ha adquirido ribetes insoportables. Las críticas o las propuestas alternativas al servicio militar son descalificadas por los poderes fácticos y se archivan.

La construcción de una moral social compartida, con sólidas bases de integración, que valore las virtudes de una vida personal y de sus compromisos, requiere de un debate público profundo que se haga cargo de

los problemas contemporáneos como el divorcio, el aborto, la sexualidad y que entregue alternativas a los jóvenes sobre el servicio militar.

La familia, las relaciones de pareja, la afectividad y la sexualidad tienen, en el presente, una influencia central en los cambios culturales ocurridos, así como en las veloces transformaciones económicas y sociales. Desconocer esta realidad y pretender imponer un modelo abstracto de la familia que no representa la diversidad de situaciones es discriminar a una importante parte de la población. Debemos apoyar jurídicamente la libre y responsable opción de los adultos en los ámbitos de la vida privada, cautelando la igualdad de derechos y oportunidades de todos los hombre y mujeres de nuestro país, especialmente niños y jóvenes.

Una fuerza de izquierda que estimule la acción del movimiento juvenil y estudiantil contribuyendo a crear los espacios que hoy no existen o se cierran para la nueva generación.

Nuestra lucha es un esfuerzo tenaz y persistente por el cambio político, por la dignificación de la acción política; por la equidad y justicia social; por la plena vigencia de los Derechos Humanos, la irrestricta libertad cultural y el absoluto respeto a los derechos de los ciudadanos de nuestra patria.

Aspiramos a una sociedad que sea capaz de ofrecer más espacio a cada uno, un país en que la persona se pueda reconocer a sí misma en la comunidad en que se inserta y ser feliz.

Parafraseando a José Martí anhelamos una sociedad en que la libertad sea el derecho del hombre a ser honrado. Es decir, un tipo de relación social en que al dejar de ser enemigo de su hermano, el hombre entabla aquellos vínculos solidarios y fraternos que parecen imposibles de subsistir en una sociedad mercantilizada.

Pero ello, no niega la posibilidad de humanizar la vida y de influir activa y protagónicamente sobre los destinos de la sociedad en que vivimos.

No es posible el curso del desarrollo histórico de manera lineal, ni es sostenible pensar que se podrá organizar el futuro de acuerdo a un plan preestablecido, fruto de una ciencia perfecta. No somos dogmáticos. Pero no se trata sólo de nosotros socialistas; tampoco el liberalismo o el socialcristianismo han instaurado o llevado a la práctica su ideal de sociedad. El mundo ha marchado muy rápido y ha destrozado los esquemas. La uniformidad ideológica es una camisa de fuerza que no resiste los esquemas actuales.

He ahí el profundísimo error de muchos. Tal convicción nos distingue definitivamente de la propuesta neoliberal.

La preponderancia que alcanzan las fuerzas ciegas del capitalismo transnacionalizado nos convocan a actuar; a dejar de lado el conformismo y la apatía; a intervenir con un proyecto de país que aspire a un desarrollo sustentable y equitativo; a la humanización de las relaciones sociales; a la protección del medio ambiente y la naturaleza y a la plena e irrestricta reinstalación de un Estado de Derecho democrático. Se trata de un cambio que haga de Chile un país moderno.

La vigencia de la necesidad del cambio, pero a la vez la evidencia que el mismo no proviene de un destino “ineluctable” como lo vaticinó el esquema prevaleciente durante muchos años en el movimiento socialista mundial, obligan a la formulación de un nuevo pensamiento político, abierto al mundo pero chileno, transformador pero no integrista, renovador pero no inconsistente; creador pero capaz de reproducirse y evolucionar constantemente, innovador pero no oportunista, de profundo sentido social pero no lastimero y asistencialista; amplio, pluralista y tolerante, un pensamiento político capaz de impulsar la diversidad cultural y social pero no complaciente con la explotación de los trabajadores y la arrogancia abusiva y brutal de las nuevas oligarquías.

Este pensamiento político se propone alcanzar la justicia social en democracia. No se propone cambiar un dogma por otro, y debe propender a ser una visión chilena del mundo y encarnarse en un enfoque abierto, veraz, desprejuiciado y crítico de la sociedad y de sí mismo. Ese pensamiento tiene que dar identidad al Partido Socialista, no aferrarse a esquemas superados sino que asumiendo plenamente la nueva realidad chilena y mundial.

Compañeros y compañeras:

Un negativo fenómeno del último tiempo, es la percepción de uniformidad en el campo político, la idea de la instalación de una clase política ensimismada, autocomplaciente, alejada del país real, divorciada de anchos sectores ciudadanos. En muchos casos, se piensa que el consenso necesario para superar la dictadura se convirtió en un juego gris, en una rutina vacía de contenido, en una evasión conformista frente a las exigencias de la transformación democrática de la nación.

El Partido Socialista es un actor fundamental para rescatar el valor de la política. Y fortalecer la legitimidad de la acción social para engrandecer el país.

No pretendemos tener el monopolio del progresismo en Chile. Hace rato que hemos abandonado aquellas vanas pretensiones mesiánicas que encendían en nosotros el sectarismo y la arrogancia. Pero solicitamos igual actitud de nuestros interlocutores especialmente, cuando late en buena parte de ellos un hegemonismo estéril y fuera de contexto.

La Concertación, la izquierda, el progresismo tienen un común desafío:

Reconstruir la capacidad de soñar. Sin duda los sueños de hoy son distintos a los sueños de ayer pero no han dejado de ser sueños, es decir aquella interminable aspiración del ser humano a una sociedad mejor.

Hay muchos que disocian la tarea de gobernar del compromiso con los más pobres.

La concentración de la riqueza niega la igualdad de oportunidades; la ideología neoliberal por sus efectos prácticos se niega a sí misma; así como el comunismo generó un modelo que negó sus propios propósitos el neoliberalismo liquida la libertad que dice proclamar generando una sociedad profundamente desigual. Esa es la base del matrimonio entre dictadura y mercado.

La globalización de la economía no solo no desmiente el pensamiento socialista sino que confirma la magistral intuición de nuestros precursores que hablaron de internacionalismo y soñaron con un mundo de paz y sin guerras.

Muy por el contrario de lo que habitualmente se señala, el socialismo chileno no se intimida con este proceso que es el resultado y, al mismo tiempo, un potente promotor del incremento y auge de las fuerzas productivas modernas, de la expansión de los mercados, de la integración de los países, del avance científico-tecnológico y la universalización de la economía.

Sin embargo, consideramos que en medio de este proceso se debe preservar la identidad nacional, y que el torbellino de la industria de imágenes no debe hacer perecer las raíces que afianzan el alma nacional. Octavio Paz ya nos advirtió que el mercado “sabe todo acerca de los precios pero nada acerca de los valores.”

La modernidad no es ni debe ser escepticismo, ni vértigo consumista, ni cinismo ni impunidad.

Somos una amplia corriente democrática de opinión popular que se propone un país que sea dueño pleno y efectivo de su futuro, cuya lúcida conciencia de su historia le permita conjurar los demonios del pasado, aquellos que

pretendieron instaurar un régimen basado en el uso de la fuerza y la negación de los derechos ciudadanos.

El trauma de Chile no son las luchas populares que dotaron a las instituciones democráticas de un nítido contenido social y de una orientación progresista; esas luchas enaltecen al país y a sus trabajadores; sino que el trauma a superar es con aquella democracia protegida que intentó negar al alma nacional parte de su ser y de su condición fundamental: la democracia y la dignidad.

El trauma de Chile es con el drama que se produce cuando se blanquean las responsabilidades penales y políticas de los que se comprometieron con la dictadura. Cuestión que ha emergido con más dramatismo en los últimos meses, cuando en las antojadizas referencias que se han hecho sobre el pasado se criminaliza a las víctimas y se olvidan los victimarios, manipulándose odiosamente la historia.

Aspiramos a un país regido por la propia voluntad de su pueblo, capaz de evitar que su soberanía nacional sea intervenida o arrebatada por fuerzas anónimas, ya sea, por el poderío incontrarrestable de los conglomerados económicos o por la porfía autoritaria del militarismo.

La exclusión social empobrece estructuralmente el país y debilita la democracia.

Convivir culturalmente, potenciar la diversidad, evitar el totalitarismo de mercado emergen como las claves del desarrollo de las próximas décadas.

Aquello que Carlos Marx denominó “internacionalización” y que ahora recibe el término de globalización constituye el fenómeno más profundo y determinante de las próximas décadas y de esta época de la humanidad. Debemos asumirlo en toda su complejidad y contradicción. Tal proceso no puede ni debe hacer desaparecer nuestra identidad nacional. No debe arrancar las raíces chilenas de cada hombre y mujer de esta tierra.

No puede precipitar al país a la pérdida de su condición de tal. Resulta históricamente positivo que añejas rivalidades entre naciones se terminen para siempre. Es alentador que barreras y fronteras artificiales desaparezcan. Es positivo que con ello se debilite y pierda sentido el militarismo y la confrontación.

Sin embargo, no debemos pasar a ser un centro de diversión más del coloso mundial de las comunicaciones.

El socialismo surgió como un reclamo apasionado contra toda forma de dominación y debe ser consecuente con tal mandato.

Debe ser capaz de gobernar, sin abrigar en su seno la tentación de aferrarse al poder de cualquier manera o costo.

El movimiento socialista mundial ha pagado demasiado caro la tentación de eternizarse en el poder. Somos un movimiento de personas más que de funcionarios, de grupos sociales más que de estructuras estatales, de pensadores más que de censores, de críticos más que acríticos, de creadores más que de conservadores.

El socialismo debe luchar por los derechos y la dignidad del hombre y de los excluidos. Esa es su esencia.

El pueblo de Chile necesita y puede conocer su verdad. El socialismo debe continuar bregando por el pleno esclarecimiento y sanción de los crímenes y violaciones a los derechos humanos cometidos bajo el régimen militar.

Vivimos en una sociedad no solo en transición en relación a sus órganos estatales e institucionales, sino que además en lo que concierne a su estructura económico-social. Esa es la razón del rol central que ocupa en el debate nacional el tema de la modernización del país. Para unos, tal modernización debe ajustarse al pleno imperio de las leyes de la oferta y de la demanda y, en consecuencia favorecerse el agudo proceso de concentración de la riqueza que se da al interior de una economía de mercado sujeta a la intervención sin contrapeso de los grandes conglomerados financieros e industriales.

Para nosotros el proceso de reinstalación de la democracia es una etapa histórica que no cubre solo el período de reimplantación formal de las instituciones políticas del Estado de Derecho, sino que además debe significar la ampliación de las libertades ciudadanas, de los derechos sociales de los trabajadores, de la participación social y de una economía solidaria no solo eficiente y capaz de crecer sino que además capaz de distribuir con sentido de equidad y justicia los frutos que el país produce y dispone.

La intervención democrática en el proceso económico nos parece esencial para hacer realidad el bien común. No pretendemos abolir el mercado, pero observamos con los propios datos e instrumentos estadísticos con los que se exalta la economía de mercado, que su propia lógica conduce a un tipo de polarización social que conlleva su negación estructural.

Por ello nos parece indispensable un proceso de recuperación de la participación ciudadana y de restauración de las instituciones democráticas, desde los municipios al gobierno central y el parlamento que genere e impulse un proyecto de nación capaz de dar cuenta del nuevo desafío del país.

La democracia no es el mercado y la nación no es una empresa.

Una sociedad civil capaz de autodeterminarse, un pueblo soberano libre de todo tutelaje y un Estado que articula una visión y una planificación estratégica con la operatividad de una economía de mercado son condiciones para la construcción de una vocación nacional que haga de Chile una sociedad democrática a la altura de la oportunidad histórica que se presenta ante sus ciudadanos.

Con ricos muy ricos y pobres muy pobres la ocasión será inevitablemente despilfarrada.

El crecimiento económico no genera espontáneamente dignidad para las personas ni bienestar para las mayorías postergadas. Tales aspiraciones son, sin duda alguna, grandes tareas del proceso de reconstrucción democrática.

Nuestra vocación es lograr la humanización de las relaciones sociales y desplegar una concepción estratégica sobre el futuro de Chile, que sea, la expresión de una propuesta de desarrollo sustentable, que supere la confusión caótica que asfixia las ciudades y promueva el término de las violencias insensatas que agobian a las personas fruto de la extensión de la ley del más fuerte a la vida social.

No concebimos al Partido como un ente inmutable. Nada ni en la naturaleza ni en las personas permanece sin cambios.

Concebimos ese cambio como la adaptación sin complejos e inhibiciones infundadas del socialismo a las exigencias del nuevo escenario nacional.

No concebimos el cambio como un salto al vacío. Tampoco tendría mayor sentido si ese cambio fuese sólo una pretensión de asumir modas tan exultantes como efímeras.

La voluntad de **PAN, TECHO y ABRIGO** con la cual nació el Partido en 1933, es hoy la necesidad de **DIGNIDAD, EDUCACION, SEGURIDAD SOCIAL y DEMOCRACIA SIN TUTELAS** que abarcan y cruzan la sociedad chilena.

Pero más allá de tales certezas históricas, la afirmación última de nuestra vigencia está en el pueblo chileno. Por ello, es momento decisivo de la reconstrucción y propulsión de una propuesta socialista popular y moderna capaz de acrecentar la fuerza electoral del Partido en los próximos comicios municipales.

Hemos afianzado la personalidad del Partido Socialista en el último período,

sin embargo, los dilemas del socialismo no se resolverán sólo en la atmósfera del debate interno, sino que en la forma de asumir los contrastes del país y entregarles una respuesta que se conecte con el interés y el sentir de las grandes mayorías populares.

Compañeros y compañeras:

Somos la izquierda de la Concertación. Sin nosotros la Concertación carece de sentido estratégico. La democratización del país demanda la presencia de esa mayoría nacional que va desde el centro a la izquierda y desde la izquierda al centro para hacer realidad ese caro anhelo que la sociedad chilena se gobierne sin ningún tipo de amenazas: La Concertación nos pertenece a todos y es mérito de todos. Detrás de ella está el pueblo de Chile que requiere un instrumento eficaz y democrático de gobierno de la nación.

Se equivocan quienes en el centro político empiezan a mirar hacia la derecha, añorando entendimientos que en el pasado solo causaron retroceso al país. Asimismo, se equivocan quienes en la izquierda por voluntarismo y subjetividad quisieran su pronto término. Nuestra vocación concertacionista es una orientación inalterable de nuestra política.

En el Partido Socialista de hoy se congregan luchadores de toda una vida y jóvenes militantes que aspiran a un horizonte colectivo que su generación ve negada en la diáspora social de la sociedad neoliberal.

En este Partido, se entrecruzan las voluntades, la vocación y las culturas diversas de personas que hicieron su actividad política en las filas del propio socialismo o que fueron parte de ese amplísimo movimiento social y político que llevó a Salvador Allende a la Presidencia de la República o que luchó luego por el término de la dictadura. Hay aquí socialistas históricos y no históricos, asumimos orgullosos nuestra condición de Partido pluralista en el cual se cobijan militantes socialistas que fueron de la IC, del Partido Comunista, del MIR, del MAPU y del MAPU-OC, del PR y de la DC.

Estamos reunidos para que el Partido Socialista se constituya en un espacio unificador e integrador de las voluntades que aspiran a un proyecto político cuya voluntad de transformación social no naufrague en las inercias cotidianas ni se deslegitime en un testimonialismo infecundo.

La diversidad requiere ir acompañada de cohesión, no puede perder su enorme potencial en un clima de permisividad en que no existe compromiso institucional con el trabajo partidario.

Muchas veces siento que la ausencia de solidaridad institucional entre nosotros puede hacer fracasar nuestros objetivos comunes.

No quisiera ocultar ante este XXV Congreso que advierto síntomas delicados y debilitantes en hábitos en que prevalece el afán de provocar la propia figuración personal sin reparar en el inmenso costo institucional que al Partido tal conducta provoca.

Instalar una vocación institucional que nos cohesione y potencie resulta en los próximos años una cuestión esencial.

Tampoco queremos ser en la época de la globalización de la economía, de la llamada aldea mundial, nativos esclavizados por los destellos del dinero o sometidos por la insensatez del individualismo.

En los últimos días las ambiciones fuera de control y el divisionismo que se incuba en grupos de poder que obedecen a su exclusiva lógica nos ha situado en una incómoda posición frente al país. Sería absurdo ignorarlo. Debemos superar tan desafortunados hábitos.

También sería absurdo desconocer que al calor del episodio CUT, ha brotado un hegemonismo que pensábamos desterrado. Frente a la agresividad y la ofuscación hemos respondido con la serena conciencia de nuestros errores.

Pero aquí estamos. Con la frente en alto.

Somos el Partido en cuyas manos está el futuro de la izquierda chilena.

Un Partido con indelegables raíces populares y un irrevocable mandato de lucha por los oprimidos y por una sociedad nueva.

Con esa porfía que hemos adquirido frente a la adversidad, sin tristezas ni rencores, como parte de ese compromiso de vida con los pobres, los humildes y con la patria que queremos, esperamos reunir las energías y contar con la capacidad y vocación para que uno de los nuestros, encabece la Concertación en el próximo período presidencial.

Tenemos vocación para insistir con temeraria perseverancia con el propósito de construir una sociedad nueva, en democracia, pluralismo y libertad.

Por ello, considero indispensable que este XXV Congreso realice una convocatoria a robustecer la convivencia interna, a realizar los esfuerzos que pongan término al afán de poder por el poder, a la desnaturalización de las

corrientes internas en debilitadores agrupamientos fraccionales cuya lógica contraviene y anula el desarrollo institucional del Partido.

Un Partido que venció el miedo y la tortura y que nunca olvidará a sus caídos.

Aspiramos a una sociedad libertaria y solidaria, constituida por ciudadanos cuya dignidad descansa en el trabajo humano y no en la compulsión del consumismo, en una identidad cultural que libere las conciencias y no en la ausencia de ideas que vacía la sociedad de impulsos éticos, en que la tolerancia y la igualdad de oportunidades constituyan un patrimonio social efectivo y el ser humano encuentre pleno sentido a su existencia, en el respeto a la dignidad y los derechos de cada cual.

Esa es la sociedad, el proyecto de país y el Partido que Allende nos legó 🇨🇱

Santiago, Mayo 3 de 1996

INTERVENCION DE CAMILO ESCALONA MEDINA EN LA CLAUSURA DEL XXV CONGRESO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Compañeros y compañeras:

Sin duda que estamos contentos por la jornada de trabajo que hemos realizado y quisiera comenzar esta intervención confiándoles algo que la cra. Isabel Allende me decía algunos momentos atrás; que en la plenaria, cuando concluía el Congreso, ella pensó que si Allende hubiese estado presente, Allende hubiese estado orgulloso del Partido Socialista.

Eso tiene una explicación muy práctica; creo que ahora no es posible encontrar en Chile un partido político dentro y fuera de la Concertación, capaz de hacer lo que ha hecho el Partido Socialista durante estas últimas 78 horas.

Hemos realizado un debate profundo, intenso, incisivo, crítico con nosotros mismos, áspero en determinados momentos, pero surge de ese debate democrático, pluralista, una convicción, una base política y de principios que nos permite afirmar que tenemos una orientación con la cual trabajar, en este gobierno y el próximo gobierno de la Concertación.

Tuvimos la Concertación I aquella que encabezó Alywin, que le dobló la mano a Pinochet, aquella que venció el miedo, aquella que anunció "que gana la gente". En esa Concertación el Partido Socialista jugó un rol esencial asegurando su base de sustentación popular. Y en el aporte y la concurrencia de quienes habían estado excluidos durante 17 años a la reinstalación de la democracia y a la tarea histórica de demostrar que Chile no debía ser gobernado con uniforme, sino que gobernado por la sociedad civil.

Tuvimos luego la Concertación II aquella que quiere construir los nuevos tiempos, de la que hoy participamos, la Concertación que encabeza el Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, que asume el país ya en un momento histórico distinto, con parte de la tarea ya realizada, por que ya es evidente que no hay retorno al militarismo y ya es claro que el país se puede gobernar por si mismo.

Ahora en esta Concertación continúan echándose las bases de un régimen político democrático, de un Estado de Derecho en el cual el ejercicio de la

soberanía popular sea pleno, para que haya crecimiento y equidad y seguimos participando en el, entregándole el aporte y la energía de la que somos capaces, para que cumpla las metas por las cuales el 58 % de los chilenos lo eligió.

Aspiramos a una Concertación III, una Concertación que sea encabezada por uno de los nuestros. Aspiramos a una Concertación en que las ideas progresistas, aquellas que ya son patrimonio del conjunto de la coalición y que empapan la sociedad chilena en más de los dos tercios de sus ciudadanos, esas ideas progresistas, transformadoras de la sociedad, renovadoras de la convivencia social, las ideas que en el año 33 se reflejaron en nuestra declaración de principios y que han evolucionado como el mundo ha evolucionado, las ideas que rescatan la dignidad del hombre y la mujer de nuestra tierra, que quieren un espacio distinto para los trabajadores y los hombres de nuestra patria, que aspiran a darle libertad, igualdad y fraternidad en un nuevo estadio de desarrollo a Chile, esas ideas se encarnen en un nuevo impulso bajo el liderazgo de uno de los nuestros.

No se trata de proclamar hoy a Ricardo Lagos. Sería absurdo. Más de alguien quisiera que tuviéramos apuro. No lo tenemos. En su momento estamos seguros que la Concertación tendrá la capacidad de designar un candidato común y que habrá un mecanismo que garantice la representatividad y la alternancia propia de una coalición y un sistema político auténticamente democrático. Pero sí, salimos de este evento con la confianza y la convicción que estamos en condiciones de entregar un aporte esencial, de ser un protagonista de ese proceso, que la Concertación permita la alternancia y darle a Chile a comienzo del siglo XXI el gobierno más avanzado de nuestro continente.

Esa la tarea, tener la voluntad y la convicción de trabajar superando naturalmente nuestras debilidades, nuestras inercias, intolerancias e irritaciones, trabajar reconstruyendo valores y principios esenciales ya que la sociedad neoliberal no es solamente una sociedad injusta sino que es una sociedad en que la persona no se reconoce a si misma.

Quisiera solo reiterar de mi intervención inicial del viernes pasado la frase de ese gran humanista mexicano, Octavio Paz, que no se puede encasillar en el concepto tradicional de izquierda, que nos advertía "el mercado sabe todo acerca de los precios, pero nada acerca de los valores". Ese es la cuestión de estos años; restituir los fundamentos de una opción guiada por el bien común, por el interés nacional, abocada a resolver las necesidades de los desprotegidos, marginados y excluidos.

Restituirle sus esencias básicas a la acción política, desprenderla de aquello que la desnaturaliza, hacerla transparente, quitarle lo turbio, hacerla más fecunda, con ello no cabe duda que el Partido Socialista estaría haciendo un aporte a la nación de la más alta trascendencia. Creo que hemos trabajado en esa dirección, reconociéndonos en nuestro pasado para mirar al futuro, colocando una piedra tras otra en el trabajo del cual ayer nos hablaba Ramón Obiols, en su brillante intervención ante el Congreso del Partido.

Quisiera recordar aquella afirmación del filósofo inglés Hobswan cuando subrayaba que “lo que hace que una nación se constituya como tal es su pasado”, lo que justifica la existencia de un país entre otros es su pasado.

En consecuencia no se trata de mirar el pasado desde el punto de vista de estar aferrados a él, como nos quieren hacer sentir nuestros adversarios, sino que para saber en realidad lo que es Chile, para saber lo que es la democracia chilena, para saber lo que es nuestro pueblo, para saber hacia donde vamos, para construir el futuro. Por eso, que la lucha por la construcción de una memoria histórica, es una de las grandes tareas democráticas de nuestro país.


Borrar de la memoria histórica de la nación hechos esenciales que Chile no se puede dar el lujo de volver a repetir, borrar aquello, es el propósito de la antidemocracia, de los que nunca han dejado de ser nostálgicos de la dictadura.

Tener la noción de lo que somos como país es esencial para poder continuar siendo nación en el mundo globalizado de hoy, y para encaminar la nación en el sentido que la mayoría de sus habitantes necesita. Este esfuerzo de construir valores y principios, de restituir la virtud y la vigencia de la acción política, de darle un destino superior a nuestros esfuerzos sacándolos de la rutina de todos los días, engrandecer nuestra propia acción, empinarnos sobre nuestros propios pies, es el impulso que recibimos de este XXV Congreso de nuestro Partido, en el que se funden distintas generaciones la de Clodomiro Almeyda y Carmen Lazo por una parte y de Vicente García y Danilo Nuñez por la otra.

La de miles de luchadores socialistas, hombres y mujeres. Este Partido sabrá cumplir su compromiso con la equidad de género, sabrá materializar la resolución que señala que a lo menos el 30 % de sus instancias deben estar constituida por hombres o mujeres para hacer realidad la acción positiva que se acordó.

Sabrá proseguir la lucha por la renovación cultural de la nación, sabrá

construir los espacios que los jóvenes necesitan para que el país les de la posibilidad que se reconozcan en una nación que les pertenece.

Avancemos tras estos grandes propósitos y logremos que las potencialidades que se cobijan en nosotros, que están en nuestro seno y pugnan por salir, trabajemos para que esas potencialidades nos transformen en la gran fuerza democrática, transformadora, moderna y popular de la democracia chilena 

Muchas Gracias.

Santiago, Mayo 5 de 1996

**INTERVENCION DEL DIPUTADO CAMILO ESCALONA,
PRESIDENTE DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE,
ANTE EL XX CONGRESO DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA**

Queridos amigos:

Intervenir en este XX Congreso de la Internacional Socialista, es para nosotros altamente significativo. Sobre todo, el día 11 de septiembre, el día en que Salvador Allende murió defendiendo la libertad y la democracia en Chile, a cuya memoria rendimos nuestro homenaje.

Nuestro Partido Socialista se integra como miembro pleno a este foro mundial que consideramos el punto de encuentro más importante de las fuerzas progresistas y de izquierda en el concierto internacional.

Para nosotros, por experiencia propia, el tema de los Derechos Humanos es parte de nuestro proyecto histórico.

Sufrimos en carne propia el resultado de una decisión política de un régimen que intentó mantenerse en el poder a cualquier precio. Ese afán actuó como generador del terrorismo de Estado que marcó a ese régimen militar, que en su peor etapa llegó a proponerse e incluso intentó la liquidación física de sus opositores.

Desde 1990, los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, coalición de la que formamos parte, han estado presididos por la voluntad de entregarle a Chile una sana memoria histórica. Es decir, impedir que los dolores y las acciones espantosas que los ocasionaron sean cubiertos por un manto de olvido que encubra la generación sorda y oscura del afán de venganza.

Nuestra orientación es mirar al futuro. Vale decir, asumir las lecciones que ha sufrido el país como patrimonio inestable en la configuración de una visión de futuro que permita que nunca más en nuestra sociedad irrumpa el terrorismo de Estado.

Para ello, hemos debido avanzar en el esclarecimiento de la verdad y la justicia y lograr la justa reparación moral de las víctimas y sus familias.

Hemos logrado establecer una convicción esencial acerca de la verdad que se ocultó a la sociedad. El informe de la comisión Retting, creada por el ex

Presidente Patricio Aylwin, estableció ante la historia que hubo terrorismo de Estado en Chile.

Pero también nuestra sociedad logró algo que parecía imposible: el encarcelamiento del principal ejecutor de esa acción criminal. El asesinato, posterior investigación y procesamiento judicial del caso del ex Canciller Orlando Letelier culminó en la condena y encarcelamiento de quien fuera jefe de los servicios represivos, el otrora temido General Contreras. Este hecho reviste una importancia moral e institucional incalculable y ha sido uno de los episodios más candentes y decisivos de nuestra transición democrática.

En seis años de gobierno civil, hemos logrado derrotar la lógica de guerra que se impuso en Chile durante diecisiete años. La derrotamos, pero no ha desaparecido.

Estamos reconstruyendo un Estado de Derecho democrático que permita la superación definitiva de esa lógica nefasta que se impuso a la sociedad, a las Fuerzas Armadas y a los servicios policiales.

Reconocemos que aún es mucho lo que tenemos que hacer:

Consolidar un Estado de Derecho democrático, remover los enclaves autoritarios, normalizar y superar la distancia que se abrió entre el mundo civil y el uniformado, garantizar el ejercicio irrestricto de las libertades ciudadanas, modificar la mentalidad confrontacional impuesta por la lógica de guerra y asegurar el pleno imperio de los Derechos Humanos, así como avanzar en el logro de la equidad de género en nuestra sociedad.

Aspiramos a que nunca más un ciudadano o ciudadana de nuestro país sea víctima de la violencia, de abusos o tratos degradantes cometidos por agentes del Estado.

Queremos desterrar para siempre aquella idea de que “el fin justifica los medios” y que los Derechos Humanos estén siempre por encima de las exigencias estatales contingentes, por lógicas o legítimas que sean las razones que se esgriman.


La dignidad y la libertad del ser humano se insertan en el núcleo esencial del proyecto de país que estamos construyendo.

Con tal concepto, consideramos que aportamos a la voluntad común de las fuerzas del socialismo democrático que contribuyeron decisivamente a través de la solidaridad internacional a nuestra lucha y que reconoceremos siempre.

Desde este punto de vista, apreciamos como una decisión afortunada y oportuna la incorporación del tema de los Derechos Humanos en la agenda de este XX Congreso. Respaldamos el sentido general del proyecto de declaración y esperamos que seamos capaces de insertar este tema en el núcleo central de la agenda mundial del siglo XXI.

Por ello, hay que reconocer que aún subsisten dolorosas situaciones, sean nacionales o regionales, en las que la confrontación se impone, provocando una secuela de atropellos y violaciones a los Derechos Humanos que repugna la conciencia universal. Asimismo, nos preocupa la suerte de millones de trabajadores inmigrantes que en países altamente desarrollados son objeto de abusos y discriminaciones odiosas que niegan aspectos esenciales de sus derechos civiles.

Tenemos la convicción de que es positiva la alegría de las estadísticas macroeconómicas, pero estimamos que son más esenciales aquellas que indican la vigencia plena de la dignidad del ser humano.

Aún está lejos el momento en que, de manera definitiva, el hombre deje de ser el "lobo del hombre". La responsabilidad del movimiento socialista resulta, por lo tanto, fundamental e ineludible 

Muchas gracias.

Nueva York, septiembre 11 de 1996

INTERVENCION DE CAMILO ESCALONA MEDINA EN EL CONSEJO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE.

Compañeros y compañeras:

El Partido Socialista concluye un año de exitoso esfuerzo político, social y electoral que nos consolida como una de las fuerzas políticas fundamentales del país. Una fuerza no para engolosinarse en el poder, sino para soñar siempre con una sociedad mejor.

Estos avances pertenecen al conjunto del Partido y, de modo especial a los que cayeron, a quienes lo dieron todo por la causa popular; que están físicamente ausentes pero que nos acompañarán siempre en nuestra lucha democrática y socialista, encabezados por la figura señera del Presidente Salvador Allende.

Tenemos razones fundadas para hacer un balance positivo. Muchos vaticinaron el ocaso del Partido Socialista, su agotamiento político o su atomización orgánica. Todos aquellos se equivocaron.

Los que intentaron destruirnos con una represión brutal y también quienes han hecho burdas caricaturas para descalificarnos.

Hemos existido y seguiremos existiendo para bien de Chile, de sus trabajadores, de sus jóvenes y mujeres que ven en nosotros una fuerza de cambio, capaz de gobernar pensando en los excluidos y en los sectores sociales que más lo necesitan.

Somos una fuerza popular, de nítida voluntad transformadora, sistemáticamente crítica de las profundas desigualdades sociales que generan las tendencias concentradoras de la riqueza y la propiedad, en un puñado de poderosos núcleos de poder financiero.

El Partido Socialista ha confirmado ser una fuerza esencial para la representación en la política nacional de los más pobres, de los sectores medios y de los trabajadores, así como, para el perfilamiento de una sociedad más justa, libertaria, solidaria y respetuosa del medio ambiente, con ciudades en que se pueda vivir sin agobios extenuantes, con aire respirable, en que la persona sea fundamental, los ciudadanos participen en la toma de decisiones y el desarrollo logre llegar a ser sustentable.

El campo de acción natural de esa opción es la Concertación que asegura no sólo la estabilidad económica e institucional que Chile requiere, sino que la

convergencia de una amplísima mayoría nacional tras la materialización de tales objetivos. Sustentamos en conjunto un proyecto de país democrático y libertario cuyo factor medular es la generación de relaciones sociales que dignifiquen al ser humano y realicen una vida más grata y feliz.

Hemos aumentado nuestro peso nacional y consolidado en las nuevas condiciones históricas la existencia y gravitación de un actor político de izquierda en la Concertación y el Gobierno. Estos factores nos permiten afirmar que hemos avanzado hacia el propósito estratégico de configurar la izquierda progresista del siglo XXI. Aquella que sea capaz de situarse a la cabeza del gran desafío nacional -aún por conseguir-, de articular la democracia política con la justicia social.

En 1996, el Partido Socialista ha emergido como la primera fuerza del movimiento sindical organizado en la CUT y ha sido vital para las soluciones constructivas que resguarden los derechos de los trabajadores, participando activamente en movimientos sociales de alcance nacional tan relevantes como ha sido el caso de la lucha de los mineros del carbón. Este proceso ha contribuído decisivamente a que por primera vez un socialista encabece la principal organización gremial del sector público, como es el caso de la ANEF.

Las recientes elecciones municipales no sólo ampliaron significativamente el peso electoral del socialismo chileno, sino que además aumentaron cualitativamente la responsabilidad política e institucional que tenemos frente al país: a partir del próximo seis de diciembre, más de dos millones y medio de chilenos radicarán en una comuna cuyo gobierno municipal será encabezado por un socialista. En este aspecto, junto con la DC tenemos las más altas obligaciones frente a la comunidad y tenemos un aporte fundamental que realizar para hacer de los municipios una pieza clave de una democracia participativa y progresista.

El intento de relanzar los añejos y odiosos estereotipos de las campañas del terror no surtieron ningún efecto, sólo sirvieron para poner en ridículo a sus impulsores. Chile se burló de quienes pretendieron obligar al país a retroceder más de 30 años en su historia política reciente.

Nos enorgullece que el alcalde más joven del país sea un socialista elegido en la comuna de Tierra Amarilla y nos alienta sobremanera el respaldo que hemos tenido en comunas como Lota y Coronel.

El hecho que candidatos socialistas sean Alcaldes de Arica y Punta Arenas subraya asimismo, el carácter nacional del Partido. Nos alienta también contar con líderes nuestros que estarán a la cabeza de las capitales de cuatro regiones del país, en

las ciudades de Concepción, Copiapó, Puerto Montt y Punta Arenas, así como que en la Región Metropolitana haya socialistas que encabezarán comunas tan importantes y populares como Puente Alto, El Bosque, Pudahuel y Colina.

Resaltamos, de modo especial, la elección en la Comuna de Providencia de un candidato socialista, el compañero Julio Jung. Nos estimula que las nuevas comunas de Padre Hurtado, Chiguayante y San Pedro de la Paz hayan elegido a uno de los nuestros como su Alcalde. Estamos viviendo una etapa de sostenido crecimiento partidario, de extensión de nuestro espacio nacional y de incremento de la responsabilidad que nos cabe ahora frente a millones de chilenos y que nos corresponderá mañana frente al futuro de la democracia chilena.

El próximo paso es el desafío parlamentario. Hay que potenciar nuestra fuerza y contribuir decisivamente a una correlación de fuerzas en el Congreso Nacional que haga posible la definitiva superación de los enclaves autoritarios, entregando a la Concertación la capacidad de realizar los cambios políticos-institucionales que se encuentran pendientes, concretando los anhelos de una democracia consolidada, sin amenazas de ninguna especie y dispuesta a forjar una vida digna a todos y cada uno de los chilenos.

Estos avances se explican, entre otras razones importantes, por la existencia de un clima institucional en el seno del Partido, que no sólo facilita y mejora nuestra convivencia interna, sino que por sobre todo aumenta nuestro prestigio, autoridad y credibilidad en la sociedad chilena. Sólo voces aisladas alteran de tarde en tarde este clima y está voluntad política.

Somos el interlocutor, y el punto de referencia necesario de la izquierda chilena actual. Esta realidad se afianza cada vez más en Chile y en las fuerzas de izquierda a nivel internacional.

La presencia que hubo en nuestro Congreso, simbolizada en la figura de Danielle Mitterrand, así como los encuentros sostenidos con Felipe González y Fidel Castro indican la ubicación estratégica del Partido Socialista en la configuración de una propuesta que redimensione y renueve el papel de la izquierda y signifique democracia y cambio social en Chile.

En este proceso ha jugado un papel trascendente la realización de nuestro Congreso General en mayo último. Pocos partidos pueden exhibir el esfuerzo que hemos realizado para elaborar un pensamiento político y una conducta práctica que recoja, comprenda y asuma los profundos cambios mundiales de fin de siglo y que sea coherente con las raíces populares y la voluntad de transformación social que han caracterizado nuestra formación política a lo largo de décadas.

El Congreso mostró un Partido Socialista realmente unificado en los contenidos de su propuesta programática, en su visión de futuro, en su intención de llegar a ser el hogar de la izquierda progresista chilena y en su potencialidad para llegar a ser fuerza decisiva de un nuevo gobierno de la Concertación. El Congreso demostró que tenemos solidez teórica y cuadros políticos y técnicos como para proponer que uno de los nuestros encabece el tercer gobierno de la Concertación.

El Congreso superó los viejos encasillamientos de “ortodoxos” y “renovados”, mostrando a Chile y al mundo un movimiento político que recoge su tradición y multiplica su fuerza transformadora con nuevas herramientas para los nuevos tiempos; un Partido con historia y con capacidad de proponer nuevas opciones y nuevos caminos para un mundo cambiante y lleno de interrogantes.

El Congreso fue el gran evento de un Partido popular, un Partido de futuro, presidido por la figura imborrable del compañero Salvador Allende.

Hemos mantenido y mantendremos intacta aquella porfía que emana de lo mejor de la herencia de Salvador Allende, Eugenio González y Raúl Ampuero, de configurar una fuerza política consistente pero creadora, crítica y moderna, tolerante y responsable, sin perder su necesaria firmeza y audacia; de inalterable compromiso democrático, de inquebrantable sentido nacional; solidaria, internacionalista pero inequívocamente autónoma en sus juicios sobre el acontecer nacional y mundial.

La articulación de tales valores y principios, tarea compleja y contradictoria en el quehacer cotidiano, requiere afianzar el sentido de pertenencia a un esfuerzo colectivo. Es posible que haya quienes en la izquierda sientan temor y se amilanen frente a estos desafíos, para ellos es más cómodo el rezongo fácil que podrá ser más ruidoso pero resulta irremediabilmente infecundo. Es lo que nuestros adversarios quisieran: una fuerza estéril asfixiada por sus propias frustraciones.

El camino es otro, aquel que Allende forjó a lo largo de su vida: la construcción de una fuerza política y social consistente y con mirada de largo alcance. Frente al populismo, Allende optó por la conciencia y la organización popular y nunca se atemorizó frente a realidades dinámicas y cambiantes.

Tengo la convicción que el Partido Socialista ha comprendido esta cuestión crucial, que a lo largo de Chile vibra y se motiva al avanzar, al superar dificultades y encarar con valentía y lucidez los nuevos retos de la historia. Chile lo necesita. La pérdida de identidad que se observa en diferentes actores políticos, los caudillismos populistas, el desprecio por la gente y los actores sociales, el

acrecentamiento de las turbulencias internas en los partidos, el recrudecimiento de las disputas acerca de los liderazgos, reflejan más allá de hechos circunstanciales que vivimos, un período histórico que exige una enorme voluntad política adicional para alcanzar objetivos nacionales y realizar propuestas programáticas que vayan más allá de la simple contingencia o de una mediocre rutina.

Por sobre cualquier incidencia menor, la cuestión central es alcanzar la justicia social ampliando y extendiendo la libertad de cada ser humano, consolidando la democracia como sistema político y construyendo opciones de cambio viables, eficaces, que impidan la jerarquización de la sociedad en un país para los pobres y un país para los ricos. Tenemos la convicción que en una economía de mercado el modelo neoliberal no constituye ni mucho menos, la única opción.

Estamos convencidos que es posible una alternativa de desarrollo nacional que otorgue un rol útil y eficiente al mercado para lo cual se requiere un Estado con efectiva capacidad regulatoria y redistributiva, así como una sociedad civil organizada, participativa capaz de hacer valer, resguardar y promover los intereses de todos los chilenos.

La crítica y el rechazo a las deformaciones aberrantes del modelo; en particular a la agudísima concentración de la riqueza y la propiedad que está ocurriendo en el país, han creado un clima de mayor apertura y menos prejuicios hacia un debate de ideas fundamental para el futuro de Chile. Son cada vez menos los que se atreven a defender el núcleo de la propuesta neoliberal, los que absolutizan el crecimiento económico y que piensan que la política se reduce exclusivamente a la administración del mismo.

Son cada vez más quienes se convencen que es necesaria una modernización integral, sin la exclusión de los marginados de la riqueza social y que la ciencia económica se refiere no sólo a crecer sino también a redistribuir. El dogmatismo neoliberal aún arrogante comienza su retroceso.

Estas circunstancias configuran un espacio muy amplio e interesante para el desarrollo de la idea socialista, para su revitalización y gravitación en la sociedad y para el impulso de una propuesta democrática que desde la Concertación impulse al país a nuevas etapas de desarrollo.

Materializar estas potencialidades nos obliga a superar defectos arraigados y reproducidos por hábitos de muchos años. El sectarismo, las odiosidades, el oportunismo, el cálculo mezquino y miope, son incompatibles con el despliegue y aumento de la potencia política y electoral del Partido Socialista.

Observamos sin triunfalismo el escenario nacional. La derecha atada a la herencia pinochetista subsiste con más o menos dificultades pero no muestra capacidad real de configurarse en alternativa de futuro. Lamentamos que un desayuno con Pinochet haya sido antesala a una nueva negativa de la derecha a las reformas constitucionales pendientes y, en particular, al término de los senadores designados.

Esta decisión indica que la minoría de extrema derecha que se ha parapetado en estos años en los senadores designados para bloquear el proceso de transición, pretende seguir haciéndolo forzando a una nueva designación de los mismos, con el evidente propósito de atrincherarse en el senado como bastión antidemocrático del pinochetismo civil.

Estos sectores especulan con la apatía y la indiferencia de los jóvenes como uno de sus argumentos preferidos contra las renacientes instituciones democráticas. Nosotros nos preguntamos, cómo vamos a reencantar la política y entusiasmar a la juventud cuando ella es testigo de estos profundos e inaceptables perversiones e ilegítimos enclaves autoritarios; y el ex-dictador luego de más de 17 años en el poder, cumplirá un cuarto de siglo en la jefatura del ejército y, probablemente se proclamará senador vitalicio gracias a la constitución del 80.

Por ello, la estabilidad y el cambio necesario para una nación integrada y una sociedad democrática radican en la Concertación. Ahí está el futuro del país y de modo especial, de sus trabajadores jóvenes y mujeres.

No desconocemos que se observan fenómenos negativos.

Esperamos que los Partidos de la Concertación superen turbulencias internas y nos aboquemos de conjunto a la formulación de un pacto parlamentario que saque máximo provecho a nuestra fuerza electoral y nos permita ganar la mayoría del senado derrotando convincentemente la estrategia de la derecha.

Los ciudadanos están cansados que la minoría se transforme en mayoría en el senado y obligue a que perduren los enclaves autoritarios que impuso el régimen militar. La dignidad democrática del país nos exige vencer esta falta de ética política, perseverando en el esfuerzo para llevar a cabo las reformas constitucionales que signifiquen el pleno imperio de la soberanía popular.

Tampoco satisfacen expresiones de “vedetismo” político que apuntan a la figuración temporal en la imagen pública como la cuestión esencial, dejando de manifiesto escaso aprecio con principios esenciales como es el espíritu de servicio público.

Pero no nos confundamos. El malestar con la política de un sector empresarial, es un descontento con la democracia. Es la nostalgia hacia un pasado autoritario, de un país sin Parlamento, carente de la indispensable representación institucional de los sectores populares y de todas aquellas fuerzas sociales y políticas discrepantes de la dictadura.

Queremos ser muy precisos. No nos preocupa que un empresario vote por la derecha si allí encuentra su cauce natural de representación; pero sí nos preocupa que haga del desprestigio de la política un camino oblicuo hacia el debilitamiento de la democracia.

En la sociedad actual en que el poder económico se convierte en un instrumento de poder de incalculable proyección en la vida social del país, las instituciones democráticas y la participación ciudadana se constituyen no sólo en el método de gobierno más legítimo, sino que en un contrapeso esencial de la sociedad a fin de evitar que la desigualdad económico-social se extienda de tal forma que a la postre fracture la convivencia nacional.

Hacer realidad una sociedad más justa tiene como requisito irremplazable la consolidación de la democracia.

Muchos olvidan que bajo la dictadura se generó la mayor cantidad de pobres que ha conocido la historia del país -cuando nos visitó el Papa el año 87-, casi la mitad de los chilenos vivía en situación de pobreza. Los neoliberales suelen olvidar u ocultar tales realidades. Ha sido en democracia cuando se ha instalado y aplicado una conducción económico-social que ha modificado tal situación. Pero es mucho aún lo que tenemos que hacer.

Como fuerza de izquierda, aspiramos al cambio en bien del conjunto del país, mirando a la persona, a sus esperanzas, alegrías y angustias, convencidos que el imperio de la ley del más fuerte, propia del neoliberalismo, no logrará la felicidad ni siquiera de aquel que consiga llegar a ser "el más fuerte".

Para ello, haremos todo lo posible por cambiar el sistema inequitativo que vivimos, por eliminar la brecha de las desigualdades, por crear una sociedad con igualdad de oportunidades.

La exclusión social sólo daña a Chile y debilita la democracia. No sacamos nada con distribuir sin crecer, pero sacamos muy poco y estamos hipotecando el futuro si crecemos sin distribuir.

Avanzar hacia un mayor bienestar de nuestra sociedad no puede ser al costo de liquidar los derechos de las futuras generaciones.

El desafío ambiental es una necesidad ética de la mayor trascendencia frente a la cual no caben por una parte, ni la irresponsabilidad inaceptable de la explotación irracional de nuestros recursos naturales y por otra parte, tampoco corresponde su utilización demagógica para fines de corto plazo.

Estimamos la maduración de una conciencia ecológica y de una sana política medio-ambiental, como uno de los mayores requerimientos de una sociedad democrática.

Reiteramos hoy que la democracia no es el mercado y la nación no es una empresa. El neoliberalismo elimina la libertad que dice proclamar al generar una sociedad profundamente desigual. Esa fue la base del maridaje entre la dictadura y el libremercado.

Por el contrario, en democracia se trata de generar políticas redistributivas eficaces que impidan el aumento de la brecha entre ricos y pobres.

La economía no es un fetiche ajeno por completo a la voluntad humana.

La historia la hacen los pueblos en una lucha constante por abrir paso a su desarrollo integral en armonía con su entorno medio ambiental.

Queremos un país que avance en el plano de la cultura. La democracia chilena debe ser capaz de asumir la creciente heterogeneidad cultural que se da al interior de nuestra sociedad y ha de darse los mecanismos para que la población participe cada vez más en la solución de sus problemas y en los bienes y servicios creados por el desarrollo.

Hay que reconocer mayoría de edad a los valores progresistas para superar los valores conservadores, que nada tienen que ver con lo tradicional y que se identifican más con integristas pasados de moda.

Estamos por democratizar la creación cultural pero, por sobre todo, estamos por democratizar la oferta cultural para que sean cada día más, el pueblo en su conjunto, los que gocen de los beneficios de la tecnología, del arte, de las comunicaciones y de la belleza.

Asumimos la globalización, proceso anticipado por los precursores del movimiento socialista que hablaron del capitalismo como fenómeno mundial y de la internacionalización de las fuerzas productivas; sin embargo, ello no conlleva someterse a la fragmentación cultural que impone a las naciones la industria de imágenes proyectadas desde el principal centro de poder mundial.

Somos un Partido chileno y asumimos el interés de la nación como una cuestión esencial de nuestro proyecto político.

Dignificar la política apunta a restablecer plenamente su condición de centro articulador del interés nacional y la expresión de aquel en un proyecto-país completamente irremplazable.

Las leyes económicas no harán desaparecer el rol de la política y mientras más sano y legítimo sea el papel del Estado menor será el peligro de erosión del régimen democrático.

Sin embargo, sus lastres burocráticos deben ser resueltos y debe tener la capacidad de abrirse a los ciudadanos, de generar más mecanismos de participación y descentralizar efectivamente la toma de decisiones.

Tales tareas lejos de disolver el Estado lo harán más eficiente y prestigiado.

La cohesión social depende, en altísima medida, del rol del sector público en su conjunto. De lo contrario la igualdad política del ciudadano puede a la postre verse anulada ante un individuo avasallado por las agudas desigualdades prevalecientes en la sociedad.

El sentido y espíritu de las mutaciones originadas en el esquema neoliberal no hacen sino sustraer a los grupos económicos hegemónicos de los compromisos distributivos y solidarios que hicieron posible a la nación chilena.

Resulta concluyente la afirmación de los Jefes de Estado participantes de la reciente Cumbre Iberoamericana al establecer que “la gobernabilidad democrática supone transformaciones sociales, económicas y culturales profundas que conduzcan a disminuir las desigualdades y los problemas de exclusión social”, concluyendo que “corresponde a nuestros Estados una importante e intransferible función”. Sería útil que los libremercadistas criollos acogieran esta conclusión central de la experiencia latinoamericana reciente.

Concebimos estos años y los que vienen como el inicio de una reconstrucción democrática de largo alcance y de formulación de una estrategia de largo plazo para el desarrollo nacional que abra expectativas ciertas de alcanzar niveles superiores de justicia social y de mejoramiento en la calidad de vida de las grandes mayorías.

No estamos por apurar la definición del candidato de la Concertación cuando estamos en pleno gobierno del Presidente Frei. El tema del candidato no lo hemos puesto nosotros. Es la gente la que responde claramente y desde hace

tiempo a la pregunta de los encuestadores acerca de por quien votará para Presidente de la República si las elecciones fueran el próximo domingo.

La gente cree que Lagos debe ser el próximo Presidente de Chile. La misma gente que aprueba la gestión del Presidente Frei, que entrega su apoyo a la Concertación y que ha equilibrado sus respaldos a los distintos partidos de la alianza.

Esa gente no quiere que el futuro candidato se designe entre cuatro paredes, por grande que sea el cuarto en que discutamos, y por miles que sean los militantes que decidan.

La gente y nosotros estamos por un esquema de primarias lo más amplio posible, que llegue a millones de chilenos, confiados en que quien ha alcanzado un liderazgo nacional sólido, creciente e indiscutido, se impondrá leal y democráticamente, convirtiéndose en candidato común de la Concertación.

Una sociedad democrática es aquella en que todas las fuerzas puedan ejercer el liderazgo de la nación cuando la soberanía popular así lo establece. Por ello, pensamos que la transición alcanzará su conclusión cualitativa cuando no haya limitación alguna sobre el ejercicio de la voluntad ciudadana.

Lo central, sin embargo, en este tiempo, es continuar adelante la obra de democratización y de modernización del gobierno del Presidente Frei con la aplicación del Programa de la Concertación aprobado por el pueblo.

Por tanto, es imperioso trabajar para robustecer la Concertación en todos sus niveles, especialmente en la base social, con la certeza que su tarea histórica recién ha comenzado.

Esta certeza de millones de chilenos que respaldan a la Concertación con más de un 56 % del electorado a lo largo de cuatro elecciones sucesivas, comparte con nosotros la convicción que no hay alternativa para Chile, que no sean los cambios políticos-institucionales que den mayor vigor y contenido a la democracia chilena, en particular en el plano social, en un esfuerzo sistemático, gradual y progresivo de varias décadas.

Allende nos enseñó que la lucha social es un proceso de pasos sucesivos, coherentes, en que se registran avances y retrocesos, hacia una sociedad más justa y libertaria.

El socialismo no es un modelo cerrado de sociedad sino que un camino de lucha siempre abierto al estímulo de la lucha social y de la emancipación del ser humano.

Hacer de la Concertación un actor fundamental en el objetivo de construir mayorías capaces de hacer madurar y realizar las transformaciones nacionales que realicen una auténtica igualdad de oportunidades y eviten que la democracia sea una institucionalidad vacía, inerte y estéril frente a los imperios financieros, es el desafío fundamental de la izquierda democrática de este período histórico.

Esta opción requiere desnudar el cinismo antidemocrático de los grupos de derecha que no cejan en su empeño de deslegitimar el sistema político para acentuar la gravitación de entes de poder anónimos pero eficaces frente a una democracia desprestigiada; así como, encarar el seudorradicalismo de izquierda que no hace otra cosa que ayudar al intento de desacreditar y barrenar las bases de sustentación social del proceso democrático.

Aspiramos a una sociedad que sea mucho más que la exhibición de complejos tecnológicos altamente sofisticados y mucho más también que el desenfreno del consumo.

La sociedad del futuro no nos perdonará si en un acto de egoísmo límite actuemos como depredadores de la naturaleza.

Nuestra opción por el ser humano es integral y seguiremos bregando por relaciones sociales que lo sitúen en el centro de cualquier alternativa de construcción democrática en que participemos.

La democracia es una tensión sistémica en que nuestro rol de representación de los intereses populares, es una cuestión tan cotidiana como esencial.

Tenemos razón de ser porque aún los sueños de libertad, igualdad y solidaridad no se han hecho carne en la vida de nuestra sociedad. He ahí nuestro aporte irreemplazable a la coalición.

Hemos recibido un mensaje positivo y estimulante del electorado. Para responder de manera auténtica a ese mensaje resulta esencial proseguir el proceso de superación y desarrollo de nuestro Partido.

Con apertura a la sociedad, con renovados bríos y vitalidad que acentúen su cohesión institucional y potencien nuestra fuerza en los comicios parlamentarios que se avecinan.

Hemos sido respaldado en nuestro apoyo leal al gobierno, en la inquebrantable vocación concertacionista que hemos desplegado y en la firmeza con que hemos defendido los intereses populares y la causa de los Derechos Humanos.

No hay consolidación democrática sin Concertación y el Partido Socialista se ha configurado en un actor esencial de la misma.

Valoramos como fundamental el aporte propio de cada uno de los actores políticos y sociales a la alianza y nuestra orientación inalterable continuará siendo su preservación, en cuanto cauce común de las fuerzas de centro y de izquierda que se empeñan en alcanzar un país democrático y una sociedad más justa y libertaria.

Las recientes elecciones municipales confirmaron esta realidad. Por ello, apenas conocidos sus resultados afirmamos que hoy hay más Concertación que ayer.

Mucho se ha especulado con los consensos que han dado lugar a la transición. Lo cierto es que en un sinnúmero de materias, tal cuestión no pasa de ser un mito.

En materias de reformas políticas y perfeccionamiento democrático, en lo referente a redistribución del ingreso, equidad y justicia social, en las políticas públicas, sobre previsión, seguridad social, salud y educación en los temas medio ambientales, el país requiere urgentemente consensos reales, efectivos y no mitos que a veces sólo sirven para que la derecha eluda su responsabilidad frente a Chile.

El doble estándar de la derecha es evidente. Su hipocresía y la distorsión que provocan falsos consensos que se convierten en la imposición ilegítima de la minoría por sobre la mayoría, dañan severamente el interés nacional.

Para derrotar el cinismo de la derecha necesitamos ganar para la Concertación la mayoría de ambas Cámaras del Congreso Nacional.

Las nuevas realidades son un desafío inédito para la Concertación. Son un reto político, ético y social. Para derrotar decisivamente el doble estándar inmoral e inconsistente del pinochetismo civil.

Humanismo versus neoliberalismo es el dilema que cruza nuestra sociedad.


La nación chilena, por su propia continuidad, ha depositado en la Concertación la misión de hacer prevalecer la primera sobre la segunda. Ello genera la necesidad de un Estado que sea capaz de mirar hacia el futuro y cumplir con aquella labor esencial de orientar el desarrollo del país a largo plazo.

Dignificar la política significa cultivar la dignidad de las personas y derrotar la compulsión del consumismo.

Dignificar la política significa descentralizar el poder, promover la participación social, fortalecer la regionalización y la autonomía de los gobiernos locales.

Los ciudadanos tienen que participar y decidir acerca de aspectos básicos de la convivencia nacional que le son sustraídos fruto de resortes institucionales antidemocráticos.

Contamos ahora con una potente fuerza en los municipios para intensificar este esfuerzo. Se trata de dignificar la acción política, de acentuar la inserción social del Partido, de luchar por los cambios pendientes sin caer en el resentimiento o la frustración maximalista.

Trabajemos como lo que somos; como un Partido de izquierda con inarrancables raíces populares; parte del gobierno de la nación y activo protagonista de la sociedad civil; actor clave de la Concertación y animador sustantivo del proceso de reinstalación de la democracia chilena, un Partido orgulloso de su historia, lúcido y tenaz constructor de las respuestas que nos exige el futuro 

Santiago, Noviembre 30 de 1996